

Septiembre 2012

HABLEMOS DE LA DEMOCRACIA ARGENTINA

Por Dénes Martos

El "sufragio universal" es una farsa porque desde su comienzo alimentó en su seno un sofisma: la "soberanía del pueblo", que es hoy el gobierno de los marrulleros y los charlatanes..

Leonardo Castellani

Hace poco hablábamos de la democracia en general. Faltó, sin embargo, una referencia a la clase de democracia que nos toca vivir en nuestra propia realidad; es decir: en nuestra Argentina. Porque este hermoso país no sería lo que es si hasta su régimen político no sería un poco diferente de lo que es en buena parte del resto del mundo. Es que aquí adaptamos todo y, de una forma u otra, siempre le encontramos la vuelta para encontrar una manera distinta de hacer las cosas. La proverbial "viveza criolla" probablemente tiene mucho que ver con esto. A veces hasta para bien, porque en varios aspectos esa actitud consigue tender puentes por sobre la cruel rigidez de un sistema que, en lo fundamental, está pensado para los que pagan. Y solamente para los que pagan.

En teoría y en principio, el actual régimen político establecido en la Argentina es la democracia representativa, republicana y federal.

Bueno . . . más o menos representativa considerando que se contabilizan solamente los "votos válidos emitidos" y todos los demás se tiran a la basura; siendo que, además, por la cabalística de la matemática electoral y las chicanas partidarias, en la Argentina alguien puede llegar a presidente con tan solo la representatividad del 22% de los votos. Republicana . . . hasta por ahí nomás porque con las atribuciones que tiene *de facto* – o simplemente se arroga – el Poder Ejecutivo esto se parece cada vez más a una autocracia a veces apenas formalmente constitucional y otras veces ni siquiera eso. Y federal ... en fin, pregúntele a cualquier gobernador como funciona eso de la coparticipación supuestamente federal y después me cuentan.

Lo concreto es que – aparte esta versión "a la criolla" de la representatividad, el republicanismo y el federalismo – la democracia argentina presenta al menos tres características que la definen bastante bien.

En primer lugar tenemos para considerar el peso económico y financiero del Estado. Sucede que en la Argentina, medido por su capacidad financiera, su organización territorial y el volumen de su presupuesto, el Estado es la empresa más importante del país. Las empresas privadas locales no tienen, ni por lejos, la envergadura que tienen las grandes corporaciones internacionales. Una gran grupo local (tipo Macri, Roggio, o similar) factura en un año lo que cualquier corporación internacional del mismo rubro factura en un mes . . . o en una semana. Y, además de eso, los márgenes de ganancias de esas empresas locales suelen ser mucho menores que los de sus hermanas mayores internacionales (de las cuales a veces no son sino una especie de sucursal encubierta).

En segundo lugar y en gran medida como corolario de lo primero, el empresariado nacional es minúsculo en comparación no solo con el Estado sino también en comparación

con sus competidoras internacionales. Las grandes empresas globales están distribuidas por todo el mundo y para ellas la Argentina es tan solo una sucursal más y ni siquiera una de las más importantes. Por lo tanto, no dependen de la Argentina y por eso disponen de espacio y tiempo para tener paciencia. Intervienen solamente cuando hay muy grandes intereses en juego. Como en el caso de la Ley de Patentes en donde se notó claramente la embestida de los grandes laboratorios y el casi descarado lobby del ya finado embajador norteamericano James Cheek. La "Banelco" de Flamarique fue moco de pavo en comparación con las Mastercard del embajador norteamericano hincha de San Lorenzo y su predecesor Terrence Todman. Y aun así los legisladores argentinos se las ingeniaron para chantajear a los embajadores y no dejar que se salieran (del todo) con la suya.

En tercer lugar, en la Argentina la ventaja de cualquier camarilla gobernante reside en que mientras la misma se financia con la plata del Estado nacional, la oposición solo tiene las cajas provinciales y municipales de los distritos que le son favorables, más el aporte de algunos empresarios locales. Pero, como las cajas provinciales, a su vez, están mayormente alimentadas por el gobierno nacional y los empresarios locales de cierta envergadura dependen fuertemente de las licitaciones de ese mismo gobierno nacional, la financiación real de la oposición es, o bien bastante mezquina, o bien debe hacerse bajo cuerda. O ambas cosas a la vez. El poder de la actual presidente para "disciplinar" a la tropa de todos los funcionarios públicos, sean oficialistas u opositores, proviene del hecho que tiene la mano puesta sobre la llave de paso que hace circular la mayor cantidad de dinero del país. Eso, en la Argentina, le otorga a cualquier camarilla gobernante casi el mismo poder que la plutocracia tiene en otros lados.

La cuestión es que la democracia argentina se financia, en una medida sustancial, con plata (robada) del Estado. El que logra posicionarse dentro del aparato estatal para acaparar ese dinero queda en una posición similar a la que tienen en otros países de régimen más consolidado los decisores de los grandes centros financieros. La cuestión de fondo es que también en la Argentina, al igual que en todas partes, la política democrática depende del dinero. Pero los dueños del mayor paquete de dinero en la Argentina no son los empresarios y los financistas sino los mismos políticos que consiguen hacerse de la caja estatal.

Por supuesto que el poder real de esta caja es válido solamente a escala doméstica. Cuando se trata de intereses estratégicos importantes, la política argentina tiene tantos límites reales como la de cualquier otra democracia. Así como Chavez puede hacer y decir toda una serie de cosas en Venezuela pero sigue teniendo que venderle el petróleo a los EE.UU. de la misma manera Cristina puede decir y hacer un montón de cosas en la Argentina pero no puede, por ejemplo, evitar que se venda la soja al precio que dictan los mercados internacionales y que esa soja sea colocada solo en aquellos mercados dispuestos a comprarle a la Argentina. Lo único que Cristina puede decidir – dentro de límites no demasiado amplios – es con cuanto se quedan Moreno, Kicillof y compañía del dinero de esa venta. Y, una vez ingresado ese dinero a "la caja", naturalmente también puede decidir qué se hace con él.

La cuestión es que la democracia argentina, a pesar de sus particularidades, en última instancia no es tan diferente de la de otros lares. Funciona con dinero, como todas las democracias. Lo que diferencia en cierto modo a la democracia argentina es la fuente de sus ingresos, a lo cual se podría añadir que la convicción de sus actuales gestores por el mantenimiento de las formalidades democráticas no está demasiado arraigada que digamos. Sobre todo en materia económica, la democracia argentina ha demostrado tener una gran debilidad por lo heterodoxo – tanto como para ponerlo de la manera más suave posible.

Esta heterodoxia bastante caótica no es tan solo conceptual sino que se refleja concretamente en los hechos. Por ejemplo, no solo la Secretaría de Política Económica y Planificación del Desarrollo está en manos de un marxista veto testamentario sino que el 13 de Agosto pasado, la presidente recibió con amplias sonrisas a Joseph Stiglitz.

Premio Nobel de economía y ex-Vicepresidente Sénior además de ex-Jefe de Economistas del Banco Mundial, Stiglitz no es el primero en juzgar críticamente al sistema financiero internacional . . . después de haber trabajado durante casi toda una vida precisamente en y para ese mismo sistema financiero. Resultaría interesante determinar por qué y en qué medida a la titular del Ejecutivo argentino le resulta atractiva la figura de Stiglitz – aunque no es muy difícil adivinarlo. Pero más interesante todavía es tratar de entender por qué una persona cuyos orígenes sociales, cuya formación profesional y cuyo currículum lo relacionan estrechamente con la estructura del poder financiero mundial, de repente se vuelve crítico y severo al juzgarla.

Una de las explicaciones plausibles es que, habiendo estado tanto tiempo dentro de la "cocina" de la plutocracia, las personas como Stiglitz terminan teniendo que admitir que todo el sistema se encamina hacia el suicidio.

Es que, si se lo mira de un modo objetivo, la lógica operacional del poder financiero demoliberal se asemeja de un modo sorprendente al fenómeno del cáncer. En la proliferación descontrolada de las células cancerosas tampoco se puede terminar de entender esa exuberancia que conduce finalmente a la nada. El organismo atacado por el cáncer se va quedando progresivamente con cada vez menos recursos vitales y energías mientras que, en forma simultánea, debe invertir cada vez mayores esfuerzos en sostenerse con vida combatiendo contra esa invasión que es la superproducción descontrolada de células. En los casos fatales, cuando el organismo ya no puede sostener este constantemente creciente "déficit" de energía, sobreviene el colapso. El organismo perece, pero en su derrumbe mueren también las propias células cancerígenas.

La pregunta del millón es: si la célula cancerígena es tan "inteligente" que puede esquivar no solamente todas las defensas del organismo sino, en ciertos casos, incluso las drogas oncológicas con que la atacan los médicos, ¿por qué no es capaz de darse cuenta de que, en realidad, se está suicidando?

El dilema solo se despejaría si pudiésemos entender las causas profundas que impulsan a las células cancerígenas a comportarse de un modo que al final resulta autodestructivo. Hablando en términos alegóricos, tendríamos que establecer un diálogo con la célula cancerígena a fin de comprender las razones ocultas que la impulsan a tener ese comportamiento suicida. Claro que esto es más fácil de decir que de hacer, pero tampoco podemos aceptar la hipótesis de que es imposible porque de ese modo habríamos perdido la batalla contra la enfermedad incluso antes de librarla. En todo caso, el punto crucial de nuestra estrategia sería el modelaje de un escenario mediante el cual pudiésemos concebir de algún modo qué contestaría la célula cancerígena al ser interrogada. Sea cual fuere ese escenario, lo previsible es que al menos una de las respuestas posibles sería el cínico rechazo de la pregunta misma, con el argumento de que la embriagadora sensación de la libertad irrestricta no es comparable con ningún otro placer y, desde el momento en que todo es efímero y todo lo vivo muere tarde o temprano, no tiene ningún sentido practicar la mesura, el control y la previsión.

Sucede, sin embargo, que ése es justamente uno de los dilemas más antiguos de la existencia del ser humano sobre la tierra. La esencia del dilema está en que la mesura y la sobriedad requieren sacrificios en ese fácilmente concebible espacio-tiempo del corto plazo en donde, por lo demás, impera la enorme tentación de la "libertad" irrestricta. Y, para colmo, este sacrificio mesurado tiene que ser realizado en nombre de un futuro a largo

plazo plagado de incógnitas e inseguridades, por lo que es comprensible que la mayoría de las veces no queramos hacerlo. Para expresarlo con ejemplos cotidianos: por una salud a largo plazo, muchas personas no renuncian a fumar; ni a comer en exceso; ni a drogarse; ni, en suma, a disfrutar de los placeres tentadores que ofrece lo inmediato.

Metafóricamente hablando, la célula cancerígena puede concebirse como una imagen de nuestra propia irresponsable indiferencia habitual ante la sobriedad, la disciplina y la mesura. En realidad, esa célula es algo así como lo negativo de nuestra propia imagen reflejada en el proceso biológico. Keynes alguna vez señaló que lo único seguro en el largo plazo es que estaremos todos muertos. Pero esta verdad tiene otra cara, aparte de la evidente. Es aquella que nos demuestra que una de las características más decididamente humanas del ser humano es precisamente nuestra capacidad para realizar sacrificios por objetivos que, con total seguridad, serán alcanzados – si son alcanzados – cuando quienes tenemos que hacerlos ya no estemos sobre este mundo.

Ése es el problema básico de toda democracia cuyo largo plazo está representado, como mucho, por las próximas elecciones. Y es un problema mayor aun para la versión argentina de la democracia en dónde los plazos hasta llegan a medirse por resultados de encuestas, traiciones internas varias, y el lento pero indetenible avance del cáncer de la corrupción y la ineficiencia apenas disimuladas por una seguidilla de improvisaciones bautizada como "el modelo".

Deberíamos reflexionar, pues, acerca de qué tenemos que hacer y cómo tenemos que hacerlo para que no se imponga sobre la totalidad de la vida argentina el espíritu de una "liquidación hasta agotar las existencias". Lo que la ineptitud y la improvisación está causando en la Argentina lo expresó casi perfectamente hace algunos años un conocido político cuando, tratando estos mismos temas en un ámbito privado y sin demasiados testigos, preguntó: "¿Por qué voy a hacer yo algo por las generaciones venideras? ¿Acaso las generaciones venideras van a hacer algo por mí?".

La frase podrá ser sarcástica y quizás hasta ingeniosamente cínica.

Pero es la receta infalible para un suicidio final.

Denes Martos
07/Septiembre/2012

Agosto 2012

HABLEMOS DE DEMOCRACIA

Por Dénes Martos

*La democracia es una forma de gobierno
que emplea la elección de muchos incompetentes
para la designación de unos pocos corruptos.
Si la mente inferior pudiese medir a la superior
del mismo modo en que una regla puede medir
la altura de una pirámide, entonces el sufragio universal
tendría alguna finalidad. Así como están las cosas,
el problema político sigue sin resolver.*

George Bernard Shaw

No es que lo haya inventado Francis Fukuyama por completo. Si bien escribió todo un libro al respecto, en realidad una de las verdades básicas más sacrosantas del régimen político actual siempre fue la suposición de que el régimen demoliberal – vale decir, eso que hoy conocemos, o creemos conocer, bajo el término genérico de “democracia” – constituye el Fin de la Historia. En términos simples, la teoría sostiene que la democracia postmoderna sería algo así como la culminación de un desarrollo más allá del cual ya no quedaría margen para desarrollos ulteriores. Más aun: en realidad, ni siquiera resultaría posible ni deseable ir “más allá” de la democracia porque se supone que, con ella, está garantizado el establecimiento del mejor de los mundos posibles. La democracia sería así un “estadio final” para la humanidad entera.

Curiosamente, este pensamiento postmoderno contradice otro de los dogmas fundamentales de su propia teoría existencial según el cual el Progreso indefinido resulta axiomáticamente inevitable. En algún momento los intelectuales del régimen, o bien tendrán que optar por el mantenimiento de la democracia tal como hoy existe – y entonces tendrán que renunciar al dogma del Progreso – o bien deberán optar por ese Progreso pero entonces el progresismo tendrá que admitir que la democracia es apenas una construcción temporal tan sujeta al cambio como todo lo demás. Porque, si seguimos sosteniendo la tesis del Progreso indefinido, entonces no se ve muy bien por qué la democracia misma habría de quedar exenta de ese Progreso y por qué no podría ser suplantada en el futuro por algún régimen mucho mejor. Eso de que “la democracia será un mal sistema pero es el menos malo de todos los demás” es un chascarrillo retórico que, o bien nos invita a conformarnos con algo defectuoso, o bien nos revela la impotencia y la incapacidad de los políticos para evolucionar hacia algo más acorde con las necesidades de los tiempos actuales.

La Ilustración en su momento trató de diferenciarse de la “oscura Edad Media” definiéndose como “Iluminismo”. Tuvo la declarada intención de “iluminar” lo que consideraba como la “oscura” época medieval, desechando despectivamente todo el enorme edificio filosófico y teológico construido, entre muchos otros, principalmente por Santo Tomás de Aquino. Si bien no deja de ser cierto que algunos de los discípulos de Santo Tomás se fueron por las ramas y cayeron en exageraciones, calificando las creencias del Medioevo de simples supersticiones el Iluminismo instauró la supremacía total e ilimitada de la lógica de la razón prometiendo que, con ella, se construiría el mejor de los mundos. Y seamos justos: aplicando el criterio racional puro, nadie puede negar que se construyó una gran civilización poseedora de una fenomenal tecnología que no deja de ser extraordinaria solo porque ya nos acostumbramos tanto a ella que nada nos asombra. Pero en todo lo demás y especialmente en lo cultural, considerando los acontecimientos de los últimos doscientos años y a la luz de la situación mundial actual, no hacen falta muchos

argumentos para demostrar que este mundo que hoy tenemos simplemente no es, ni puede ser, el mejor de los mundos posibles. A menos, por supuesto, que se deseche la teoría del Progreso y se acepte que este mundo de hoy es un callejón final del cual no hay salida. Pero entonces, que nadie nos venga con eso del "progresismo". O bien hay progreso auténtico y, en ese caso, la democracia es mejorable; o bien la democracia es el Fin de la Historia y, en ese caso, ya no hay progreso posible.

La izquierda – o al menos parte de ella – con los activos intelectuales que tiene, se ha dado cuenta de este problema y para salir del atolladero propone una democracia participativa como estadio superior de la actual democracia representativa. Es un buen intento. Lástima tan solo que eso no sería progreso. Significaría, no un avance, sino un retroceso de por lo menos 2.300 años, hasta la época de Aristóteles o incluso más lejos aun. Porque la democracia participativa es la de los griegos y ni siquiera se puede decir que a ellos les funcionó demasiado bien: fue la que condenó a muerte a Sócrates y la que se desgastó inútilmente en una guerra civil tan estéril como fratricida contra Esparta. Con el hecho no menor que, mirándola en detalle, está sembrada de tiranos y dictadores por largos períodos.

Lo que sucede con la izquierda marxista es que el asambleísmo de la democracia participativa es lo que más se parece al soviét de la Revolución de Octubre y la apuesta de esos intelectuales es retrotraerse a la época anterior a Stalin para, desde allí, hacer el intento de arrancar con el marxismo de nuevo. Dejando de lado que Stalin no es un opositor externo del asambleísmo bolchevique sino su directa consecuencia interna, el problema está en que esta estrategia tampoco puede ser llamada progreso. El intentarla no implicaría retroceder 2.300 años como en el caso anterior, es cierto; pero así y todo significaría retrotraer la situación a 1918 – o sea: prácticamente un siglo para atrás. Todo ello sin entrar en la cuestión fundamental que es establecer, desde el punto de vista de la psicología de las masas, la real autenticidad del asambleísmo democrático así como su viabilidad práctica en organismos políticos de millones de habitantes y millones de kilómetros cuadrados de extensión. Porque no nos engañemos: las asambleas no deliberan; a lo sumo discuten las propuestas establecidas de antemano por unos pocos líderes. Y cómo harían para coordinarse literalmente centenares (o acaso miles) de asambleas en un país como la Argentina en donde ni 30 políticos consiguen ponerse de acuerdo es una nebulosa que ningún intelectual de izquierda ha despejado más que con intentos muy poco efectivos de retórica dialéctica.

En realidad, si miramos las cosas objetivamente, lo que sucedió en Occidente a partir del Iluminismo y la Enciclopedia fue que, en el lugar de las concepciones tradicionales que se siempre esforzaron por armonizar lo racional con lo sagrado, se implantaron los nuevos dogmas de fe de la modernidad occidental. De estos dogmas, hay cuatro que se destacan: 1)- el positivismo cientificista; 2)- el evolucionismo progresista; 3)- el materialismo hedonista y 4)- el igualitarismo democrático.

El positivismo cientificista se basa en la hipótesis de que la ciencia occidental, con sus métodos y sus criterios racionales, tarde o temprano será capaz de responder a todas las cuestiones existenciales, siendo que, si quedan cuestiones a las que eventualmente la ciencia nunca podrá responder, eso es porque dichas cuestiones simplemente no existen. El evolucionismo progresista está construido sobre la hipótesis de que todo lo que actualmente existe es la culminación temporaria de todo lo que ha existido hasta ahora. El materialismo hedonista toma por hipótesis que el mundo es esencial y determinadamente material y que el fin último del ser humano es disfrutar de las maravillas que es posible obtener de la materia. Y por último, la esencia del igualitarismo democrático es la suposición que todos los seres humanos son iguales y que una mayoría numérica de estos seres humanos iguales automáticamente resulta poseedora de la verdad. Una verdad que,

en todo caso, siempre se considera relativa; en parte porque se supone que no hay verdades absolutas y en parte porque, como tampoco existen unanimidades absolutas, la verdad democrática no puede ser absoluta por definición.

El problema es que, aun admitiendo cierto grado de metáfora en aquello de la verdad de las mayorías democráticas, toda la hipótesis no resiste el análisis. Basta abrir cualquier manual de Historia básico para constatar que el ser humano que construyó culturas y civilizaciones enteras no vivió bajo condiciones democráticas durante la enorme mayor parte de los últimos 10.000 años. La enorme mayoría de la humanidad, durante la enorme mayoría de esos 10.000 años, vivió en sociedades que no tenían absolutamente nada de democráticas en el actual sentido del término. Y, sin embargo, así y todo, en varios casos ciertos seres humanos fueron capaces de logros culturales que aun hoy resultan deslumbrantes. La democracia actual cuenta, a lo sumo, con uno o dos siglos de Historia y ya presenta múltiples signos de decadencia y descomposición. En comparación, el antiguo Egipto fue capaz de sostener durante 4.000 años una cultura que aun hoy resulta admirable y cuyos logros profundos no solo no podemos imitar sino que, en su mayor parte, ni siquiera llegamos a comprender porque insistimos en querer analizarlos a través de nuestros prejuicios actuales.

La igualdad de los seres humanos es una teoría exclusiva de la modernidad occidental que irrumpió en la realidad sociopolítica recién con la Revolución Francesa. Agreguemos que la maquinaria igualadora más eficaz de aquella revolución fue el patíbulo – es decir, la guillotina – cuyo carácter democrático no es precisamente demasiado evidente, por decir lo menos. Sin embargo, esa guillotina y el baño de sangre resultante cumplió con su función. Hoy sabemos que el 14 de Julio de 1789 fue un desastre que solo se sostiene con la falsificación histórica. Únicamente quienes no conocen más que las Historias oficiales ignoran que, bajo el declamado lema de la “Igualdad”, se hizo posible que una minúscula minoría burguesa usurpara el poder a espaldas de una muchedumbre manipulable para implantar con ello la aristocracia del dinero en una de las más hábilmente construidas autocracias que se hayan instaurado jamás.

Se nos dice que el objetivo de los revolucionarios de 1789 fue el de derrocar a una aristocracia decadente. Lo cierto en esto es que la aristocracia **cortesana** europea de aquella época se hallaba ya tan lejos de su original nivel y condición que la Revolución se hizo posible. Pero el principal y fundamental objetivo del igualitarismo democrático no consistió en deshacerse de esa aristocracia sino en eliminar la visibilidad jerárquica del sistema político tradicional. En las prácticas políticas tradicionales – hayan sido buenas o malas, acertadas o equivocadas, justas o injustas – todavía imperaba una jerarquía visible e identificable. Quienes tomaban las decisiones resultaban directamente responsables de sus actos. Los funcionarios del gobierno monárquico español, por ejemplo, todavía tenían que someterse al Juicio de Residencia al terminar su mandato. Si el Príncipe ordenaba, el Príncipe tenía que firmar la orden dada. Si el ministro ejecutaba, el ministro tenía que firmar personalmente la orden de ejecución.

El régimen democrático eliminó esta transparencia. Le encargó formalmente las decisiones normativas a un sistema en el cual aparentemente decide la asamblea de unos iguales que, a lo sumo, resultan iguales en su egocentrismo demagógico y en su falta de poder real con lo que terminan siendo irrestrictamente manipulables por el poder financiero. Y en esto, la existencia de controles, frenos y contrapesos no cambia nada en absoluto porque las instituciones que deberían aplicarlos tienen el mismo interés en sostener y mantener el sistema manipulador tal como está constituido. Además, y por si fuera poco, las decisiones políticas – incluso las que llevan firma con nombre y apellido – no son judiciales en el actual régimen; solamente las gruesas transgresiones específicamente delictivas lo son ... relativamente.

La democracia liberal es, pues, en realidad y desde sus mismos orígenes, la autocracia más astutamente implementada que ha conocido la Historia. Y es, simultáneamente, una de las más peligrosas porque el verdadero poder se vuelve completamente invisible y, por lo tanto, incontrolable. La plutocracia no tiene que asumir responsabilidad alguna, ni por sus decisiones ni por sus actos. Si las consecuencias se vuelven demasiado graves, pues entonces a lo sumo sacrificará las piezas más visibles de la institucionalidad formal y pondrá en su lugar a otras figuras con distintos nombres pero con las mismas funciones. Y después llamará “alternancia en el poder” al resultado. Durante un tiempo podrá intercambiar así las figuras de un elenco estable pero después, cuando ya todos se hayan desgastado, hará surgir una nueva serie de figuras y a ese resultado lo llamará “renovación”. Y si todo falla, sus verdaderos directores pondrán el dinero que hace falta para comprar las leyes que necesitan a fin de poder seguir operando, o bien financiarán una guerra que les permitirá volver a acomodar las piezas del tablero. Incluso han invertido dinero en revueltas y revoluciones apostando al gatopardismo de cambiarlo todo para que nada cambie.

La actual y cada vez más grave crisis global indica que sobre esta autocracia financiera incontrolable comienzan a recaer las consecuencias negativas de su insaciable codicia. Por supuesto, no podemos esperar que en un futuro cercano la situación cambie demasiado.

Pero al menos podríamos tratar de empezar a no creer a ciegas en todo lo que se nos dice.

Denes Martos
18/Agosto/2012